

21 de enero de 2006

## **Una ballena en el Támesis**

Hoy, las primeras planas de los periódicos y los noticiarios radiofónicos y televisivos no hablan de los resultados electorales en Irak, de la creciente (e hipócrita) preocupación occidental por el posible armamento nuclear de Irán o del ridículo que el hasta ahora respetado político George Galloway está haciendo en la casa del Gran Hermano. No, sorprendentemente, hoy todos los medios de comunicación centran su atención en la ballena que ha aparecido surcando las aguas del Támesis, frente a las casas del Parlamento. El cetáceo desorientado tiene en vilo a todo el país desde que, a primera hora de la mañana de ayer, fue avistado desde el tren por un hombre que creyó estar alucinando.

La fascinación del ser humano por las ballenas es tan antigua como nuestro conocimiento de ellas. La ballena es, por ejemplo, uno de los animales más citados en la Biblia. Todos conocemos la historia de Jonás, aunque en su relato sólo se nos dice que fue tragado por “un pez muy grande”. Las ballenas también aparecen en el Génesis, en los libros de Job e Isaías y en una hermosa estrofa de los Salmos: “Ahí está el mar, inmenso y grande, en el que se mueven un sinnúmero de animales grandes y pequeños; por él van y vienen los navíos y Leviatán, al que hiciste para que en él jugase”.

En la raíz de nuestra fascinación por las ballenas está el asombro ante su tamaño gigantesco que los convierte en los animales más grandes del mundo y les dota de una gran importancia simbólica.

Esa cualidad casi metafísica de las ballenas (tan bien explotada por Herman Melville en *Moby Dick* —uno de mis libros preferidos) es la razón por la que millares de londinenses se han acercado hasta las orillas del Tánis para ver la ballena y seguir de cerca los esfuerzos de los equipos marinos por devolverla al mar. Para estas urbanitas que apenas tienen contacto con la fauna salvaje, la ballena del Tánis no es sólo una rareza que rompe la lógica artificial de la ciudad, sino, sobre todo, la portadora de un mensaje. Esta intrusa proveniente de un mundo al que el ser humano moderno ha dado la espalda les ha sorprendido al despertar en ellos una empatía insospechada. Algunos, incluso no han podido evitar las lágrimas de tristeza o de impotencia al presenciar el cansancio y el torpe empeño de la ballena en nadar río arriba. Todos desean que la ballena sobreviva con una pasión tan cierta y tan pura (tan infantil) que les avergonzaría en cualquier otra circunstancia.

Y es que el ser humano está tan harto del ser humano y de su bagaje cruento y sin sentido y tan acostumbrado e insensibilizado al sufrimiento de su especie, que le acaba resultando mucho más fácil empatizar con una ballena atrapada en el Tánis.

El vínculo primitivo que nos une al resto de los animales tras miles de años de evolución compartida, se revela milagrosamente intacto hoy en esta historia con ballena, y nos recuerda que no podemos desdeñar el peso que aquéllos tienen en nuestro subconsciente y en nuestra sensibilidad. El mensaje de la ballena es claro: acercaros a mí y os devolveré la capacidad de sentir en los otros la

maravilla del mundo y la importancia de la vida en toda su múltiple variedad. Si fuésemos capaces de pararnos a escucharla con atención, la gigantesca metáfora de esta ballena tan fuera de lugar en el corazón de Londres quizás pudiera salvarnos de nosotros mismos al devolvernos algo de esa “humanidad” que hemos perdido por el camino.